

## PRÓLOGO DEL LIBRO

### ***EL EVANGELIO PREDICADO A LOS ARGENTINOS, DE MARTÍN CASAS***

**Por Roberto Bosca**

Como sujetos individuales tenemos unos rasgos peculiares que nos caracterizan y que conforman una identidad que nos permite ser nosotros mismos. Esta identidad también la poseemos como sujetos colectivos, en tanto constituimos un pueblo. Hemos nacido en esta argentina tierra, y la convivencia que a partir de este hecho todos entretejemos entre nosotros, nos identifica de un modo singular. De esa manera, tales rasgos nos brindan una personalidad propia que nos distingue precisamente como una nación a partir de nuestra voluntad de ser.

En una introspección que se articule desde una perspectiva ética podemos hablar así de virtudes y vicios que constituyen esa forma de ser y de vivir como argentinos, y de la que tanto se ha hablado y escrito. Pero en esta situación, es fácil ver cómo nos cuesta arbitrar una visión objetiva de nosotros mismos y de nuestra realidad, cuando en demasiadas ocasiones agrandamos desmesuradamente, del mismo modo que empequeñecemos arbitrariamente tanto las unas como los otros.

Esto que ocurre en el plano individual, resulta más evidente en el plano social y se traduce en un dato que es notorio entre quienes convivimos en la argentinidad: la rapidez con que pasamos de creernos los mejores a vernos a nosotros mismos como los peores, en una suerte de círculo perenne y sin solución de continuidad, pero en uno y otro caso de un modo igualmente ajeno a una mirada realista.

En situaciones reiteradas de crisis como las que suelen habitar nuestra existencia colectiva, resulta así frecuente escuchar expresiones desesperanzadas que concluyen en un cuadro sin salida: no tenemos remedio, hasta que ese abatimiento se eclipsa ante un nuevo escenario opuesto al anterior en el que entramos con la misma liviandad. Pareceríamos estar así encerrados en una superficialidad que anuncia en sí misma un carácter igualmente efímero, el mismo que nos hará retroceder pronto al estado anterior.

Se trata como puede apreciarse de un síndrome cuya inestabilidad evidencia precisamente por su misma dinámica una preocupante inmadurez como sociedad. De otra parte, esa fruición con la que practicamos dicha introspección sobre nosotros mismos de una manera casi obsesiva denuncia también un cierto narcisismo. El propio papa Francisco lo ha puesto en evidencia al recordar el clásico y conocido chiste "¿Sabe cómo se suicida un argentino? ¡Se sube arriba de su ego y de ahí se tira!".

Con el transcurso del tiempo, se hace cada vez más evidente que el núcleo o la raíz de nuestros problemas no reside entonces en mejores o peores gobiernos, sino que se trata de algo mucho más profundo en el que todos estamos aunque de diverso modo más o menos involucrados. Al mismo tiempo, se advierte de una manera creciente la naturaleza ética de la cuestión, tantas veces soslayada como una dimensión irrelevante.

Es aquí donde aparece en toda su plenitud la importancia del carácter salvífico aun en lo temporal, salvada sea su justa autonomía, de estas reflexiones que el lector tiene entre sus manos. Podríamos decir que en su hermenéutica está presente la terapéutica. Medicinas hay muchas circulando en nuestros ambientes sociales, pero no en todas ellas se garantiza la calidad y eficacia de la curación.

Nada más oportuno entonces que una iniciativa como la del autor de elaborar un comentario de diversos textos evangélicos en conexión con estilos y modalidades frecuentes en el modo de ser argentino. Se trata de un verdadero pequeño manual de ética de la sociedad con un anclaje evangélico, que podría constituir una parte de la bibliografía en una cátedra de doctrina social de la Iglesia, a medida de la realidad argentina.

De otra parte, hay que reconocer que una homilética abstracta poco ha contribuido en el pasado a mostrar la realidad que, por motivos variados, poco quisieron advertir, con sus obligadas consecuencias. Viene a cuento aquí aquella sabia sentencia teológica de que lo que no se asume no se redime.

En la conciencia de un cristiano que tiene presente su condición y que como tal incluye el sentido de la filiación divina, no hay lugar para la oscuridad del lamento porque hay una luz que proporciona todo lo que haga falta para consolidar, como gustaban decir los antiguos, una vida buena. Sin dejar de tener en cuenta la mentada debida autonomía de lo temporal, viene a cuento una vez más la antigua sabiduría cristiana de a Dios rogando y con el mazo dando.

Uno de los rasgos que más se destacan en las glosas evangélicas de Martín Casas es la confianza en la providencia divina, pero también la preocupación por concretar en realidades tangibles lo que está a nuestro alcance, mediante actitudes personales que superen el lugar común de las meras enunciaciones bienintencionadas, una vez abandonado también el estadio de la pura crítica que de nada sirve para mejorar la realidad, la nuestra y la de los otros nuestros hermanos. No hay nada más lindo que cultivar el jardín, donde Dios hace crecer siempre las flores.

Roberto Bosca